

ELOGIOS ACADEMICOS

El Doctor Francisco Bulman. Su vida y su obra *

Por el Dr. ALFONSO PRUNEDA,
Secretario Perpetuo de la Academia.

Una vez más nos congregamos en este salón, que honran hoy con su presencia los delegados de diversas instituciones oficiales y de agrupaciones científicas, para rendir homenaje a un académico insigne, que fuera nuestro presidente. Una vez más disfruto el privilegio, por deber reglamentario, de recordar ante ustedes la vida y la obra de un médico mexicano, por muchos motivos verdaderamente digno de ambos títulos. Y otra vez más, recibimos en nuestro seno a la familia de un nobilísimo colega, que al donar el retrato que pronto se descubrirá, obliga la gratitud de la Academia y da a esta ceremonia un sello de cordialidad que se acentúa más y más en cada una de las que, con idéntico motivo, han ido celebrándose en este lugar.

¿Quién fué ese académico ilustre, ese médico nobilísimo y ese jefe de familia modelo? Don Francisco Bulman, que el 11 de agosto de 1867 naciera en esta capital, en el seno de una familia también ejemplar, cuyo jefe fuera el respetable Lic. don José Francisco Bulman, figura destacada entre los liberales de la época del Presidente Juárez, con cuya amistad se honrara.

Después de hacer con éxito sus estudios primarios y preparatorios en conocidas escuelas particulares de la metrópoli, de concluir los segundos de ellos en nuestra Escuela Nacional Preparatoria y hacer los profesionales en nuestra Escuela Nacional de Medicina, el futuro galeno sustentó en ésta su examen profesional de médico cirujano el 30 de junio de 1892, a los 25 años de edad, siendo sus sinodales los maestros don Manuel Domínguez, don Fernando Altamirano, don José Ignacio Capetillo, don Luis E. Ruiz y don José María Gama; escribiendo su tesis sobre "El Desagüe del Valle de México", en la que se vislumbraba ya el

* Leído en la sesión del 10 de abril de 1946, en que fué descubierto el retrato del Dr. Bulman que su familia donó a la Academia.

interés que el Dr. Bulman tendría más tarde por los asuntos sanitarios.

Afecto a las actividades nosocomiales, después de ser practicante del Hospital de San Andrés cuando estudiante, fué médico distinguido del mismo hospital, donde trabajó cerca del inolvidable Dr. don José Olvera y en cuyo servicio de medicina tuve el gusto de conocer al Dr. Bulman al ser yo nombrado, en diciembre de 1902, jefe del tercer curso de clínica médica que, en el mismo servicio, tomaba a su cargo mi querido maestro el Dr. don José Terrés; más tarde, el 5 de febrero de 1905, al inaugurarse el Hospital General, fué designado médico del mismo, encargado del departamento de tíficos, pasando en 1907 a ser jefe de los servicios de medicina. Posteriormente, es llamado al Sanatorio Español, donde se encarga primero de las salas de tíficos y de tuberculosos; después es subdirector médico y, en 1918, director interino. En ese hospital prestó señalados servicios, mereciendo que uno de sus departamentos lleve su nombre; aun cuando más tarde, como por desgracia no ha sido raro en diversas instituciones, sufriera desagradados que le obligaron á separarse de dicho hospital.

Casi simultáneamente, el Dr. Bulman participó también con éxito en la enseñanza, siendo nombrado profesor del Museo Anatómico de la Escuela Nacional de Medicina en 1898; profesor de física e historia natural médica en enero de 1903; profesor de patología médica en 1913; y después profesor de terapéutica médica, lo que le permitió servir a esta Escuela durante 20 años. En 1899 fué designado también profesor de anatomía descriptiva y topográfica de la boca y anexos en la Escuela Dental; en la que posteriormente sustentó la cátedra de fisiología e higiene, sirviendo a dicha Escuela durante 25 años, después de los cuales, con justicia fué jubilado. En ambos establecimientos se distinguió como profesor puntual y competente, justamente apreciado y respetado por sus alumnos, y, en la Escuela Dental, contribuyó eficazmente al acercamiento de las dos profesiones: la médica y la odontológica.

Con ejemplar actividad e interés por los asuntos relacionados con la Medicina, pudo prestar eficaces servicios en otras instituciones. Así, en 1897, fué colaborador del Instituto Médico Nacional, en el que quizás se despertó su vocación por los estudios de farmacología y terapéutica; fué miembro fundador del Instituto Pa-

tológico Nacional, en el que prestó igualmente señalados servicios, no sólo en asuntos de anatomía patológica, sino también en trabajos clínicos relacionados con aquélla y, sobre todo, contribuyendo eficazmente a la reputación del importante Boletín del Instituto, publicación especialista, muy estimada en nuestro país y en el extranjero, por quienes se interesaban en la investigación científica aplicada a la Medicina. En 1910, seguramente porque también tenía afición a los trabajos históricos, formó parte, con los doctores don Fernando Zárraga y don Regino González y con el autor de estas líneas, de la Comisión encargada de organizar la Exposición Médica Mexicana que se instaló en nuestra Escuela Nacional de Medicina con motivo del Centenario de la Independencia.

Un lugar importante en las actividades del Dr. Bulman ocupan las que desarrolló de 1925 a 1928 en el Departamento de Salubridad Pública, al frente del servicio de enfermedades transmisibles, en el que aprovechando su especial dedicación a la atención de esos padecimientos en su práctica privada, dió gran impulso a la lucha contra ellos en diversos aspectos, continuando con acierto y con entusiasmo la obra iniciada en la administración sanitaria anterior. Dentro de esas actividades, el Dr. Bulman formó parte, en 1924, de la comisión que reglamentó la campaña contra la tuberculosis bovina.

Como era de los médicos que no sólo creen en la conveniencia de formar parte de las sociedades científicas, sino colaboran activamente en ellas, como lo hacen también dentro de los congresos a los que concurren, el Dr. Bulman ocupó señalado lugar en unos y otras. Participó así en el V Congreso Médico Nacional (1917); en el I y II Congresos Odontológicos Nacionales; en el 2o. y 3o. Congresos Mexicanos del Tabardillo (1919 y 1922); en el I Congreso Mexicano de Venereología (1922); en el VII Congreso Científico Latino-Americano (1926); en las Jornadas Médicas del Centenario de la Escuela Nacional de Medicina (1933) y en el Congreso Científico de Lima; fué además presidente de la Comisión Organizadora de la Primera Reunión de Autoridades Sanitarias (1927). En todas esas asambleas tomó participación activa e inteligente, poniendo al servicio de ellas el fruto de su saber y de su experiencia.

En septiembre de 1910 ingresó como socio activo a la involi-

dable Sociedad de Medicina Interna, en la que colaboró hasta que fué disuelta, con interesantes trabajos sobre clínica y terapéutica médicas, que enriquecen la importante "Revista Médica de México", valioso órgano de esa Corporación. Perteneció a otras sociedades, entre ellas la Sociedad Médica del Hospital Morelos, de la que fué designado socio honorario en 1928. Fué miembro de la Comisión Permanente de Higiene Bucal Pública de la Federación Dental Mexicana. Fué también socio prominente de esta Academia Nacional de Medicina, que con justicia y con cariño lo está honrando en esta noche.

Estando vacante, por muerte del Dr. José María Lugo Hidalgo, una plaza de académico de número en la sección de farmacología y farmacia, el Dr. Bulman optó a ella presentando un trabajo titulado "Salicilatos", en el que dió a conocer sus observaciones clínicas y experimentales sobre el salicilato de sodio, la aspirina y el enesol (salicil-arseniato de mercurio). La comisión respectiva, de que fué relator don Gregorio Mendizábal, rindió dictamen favorable, como resultado del cual el Dr. Bulman fué aceptado por unanimidad como socio de número el 10 de mayo de 1905. Desde entonces hasta 1937, en que por sus merecimientos y a solicitud suya fué declarado académico titular, colaboró activamente en cuantas formas le fué dable. Leyó de mayo de 1905 a octubre de 1934, diez y seis trabajos reglamentarios con los siguientes temas: salicilatos, yodato de sodio, alipina, fisioterapia, cloruro de bario, citrófeno, cobre, calicosis terapéutica, bromuro de sodio, calcio, coloides, la morfina en el parto, cloruro de calcio, carbunco sintomático en el hombre, procedimientos terapéuticos, gelsemium, y la medicación yódica. En todos estos estudios, su autor se reveló clínico acucioso y terapeuta competente, atento siempre a los progresos del arte de curar. Formó parte de las comisiones dictaminadoras sobre los trabajos que para ingresar a la Academia presentaron, en orden cronológico, los Dres. Andrés Sáenz de Santa María, Emilio del Raso, Eduardo Armendáriz y Genaro Escalona. También formó parte de las comisiones encargadas de dictaminar sobre trabajos presentados a los concursos abiertos sobre "La insulina en el tratamiento de la diabetes"; "Tratamiento de la uncinariasis"; y "Tratamiento de la parálisis general progre-

siva", y de la que dictaminó sobre "Los algodones de fabricación nacional".

Fué segundo secretario de la Academia de 1914 a 1915; primer secretario de 1915 a 1916; vicepresidente de 1924 a 1925 y presidente de 1925 a 1926. Por este último cargo, que le fué otorgado merecidamente, en breves momentos figurará su amable efigie en la galería de presidentes que enaltece singularmente este Salón. De su discurso al dejar la presidencia, y en el que hizo atinadas consideraciones acerca de dos trabajos presentados en el año sobre anatomía patológica y sobre clínica médica (dos de sus aficiones predilectas), transcribo las siguientes líneas: "Nosotros amamos nuestra profesión, cultivándola, enriqueciéndola, hasta donde nuestras fuerzas alcancen; perpetuando, remozando la clínica; la propedéutica no ha caído en senectud, es que al lado de las exploraciones de corte añejo hay investigaciones de espíritu contemporáneo. En suma, la anatomía y la histología nos dan a conocer la forma y la estructura de los órganos, mas no el movimiento de las acciones químicas, de las excitaciones, de las reacciones; la revelación íntima de este mecanismo pertenece al análisis físico-químico, a la añosa doctrina del humorismo". El clínico tradicional, comento yo, no desconoce los progresos del estudio de los enfermos; al lado del anatomopatólogo está el químico-biólogo, en suma, el que acepta convencido el pensamiento fisiológico, que se abría paso en nuestra enseñanza médica.

Todavía el Dr. Bulman tiene tiempo de cultivar otras actividades. Además de que nuestra "Gaceta Médica de México" se engalana con sus sesudos estudios y de que la "Revista Médica de México" y el "Boletín del Instituto Patológico Nacional" le deben buena parte de su prestigio, colabora también en la "Crónica Médica Mexicana", en la "Revista Médica de Puebla", en la "Revista Mexicana de Educación" y en otras publicaciones diversas, que se honran con sus escritos, llenos de interés.

Lo que asombra en la fecunda vida científica del Dr. Bulman es que, en general, no le estorba su vida profesional. Médico honrado y competente, ejerce su profesión con celo y con amor, lo mismo en su consultorio que en las casas de sus numerosos enfermos, que con justicia le tenían plena confianza, y a quienes asistía

con igual dedicación, sin tener en cuenta su situación social. Por poco tiempo practica la obstetricia; pero pronto se consagra a la medicina interna, como otros dos colegas suyos, que habitaban en la misma calle de Montealegre (hoy de Justo Sierra), los doctores Mendizábal y Terrés. Se interesa especialmente en la atención de los infecciosos, en la que adquiere también justo prestigio, sobre todo en la de los tíficos, y en 1910 es víctima de esta enfermedad. Sufrió, como todos los que ejercen y trabajan honradamente, contrariedades, desengaños e ingratitudes, que no le hicieron apartarse de la senda que se había trazado. De aspecto simpático, de rostro afable, en él ponía sello especial su viva y amable mirada y su bigote "de otros tiempos", sabía hacerse de amigos que le apreciábamos sinceramente. Un distinguido y muy estimado colega nuestro, que de cuando en cuando engalana un periódico vespertino con el seudónimo "Dr. Ox", en el sentido artículo que dedicó al Dr. Bulman con motivo de su muerte dice, entre otras cosas, lo que en seguida transcribo: "era privilegiado por su fácil ironía y cuanto encontraba ridículo o extravagante en la conducta de los hombres, le hacía reír de una manera peculiar. Disfrutaba de excelente memoria y supo de sucesos varios y episodios y anécdotas concernientes a la vida médica de México. También conocía el vivir de mucha gente y a las veces versificaba con humorismo". El que esto escribe, que también disfrutó mucho de la amistad del Dr. Bulman, de Don Pancho Bulman como a veces se le decía, pudo también comprobar esos rasgos de su carácter, que se acentuaban más en la charla familiar o de confianza, como la que se establecía en aquellas reuniones inolvidables de nuestra también inolvidable Sociedad de Medicina Interna. Ojalá haya quedado algo escrito de esos recuerdos, que pueda y deba ser publicado para enriquecimiento de nuestra historia médica.

Como ha pasado con otros médicos eminentes: Fernando Zárraga, Ulises Valdés, Julián Villarreal, José Terrés, Jesús E. Monjarás (para no mencionar sino a miembros prominentes de nuestra Compañía), que sufrieron largamente para morir, como si la Enfermedad y la Muerte hubieran querido vengarse en ellos de la batalla que contra ellas librarán, el Dr. Bulman sufrió largo tiempo antes de irse de este mundo. Por fin, dejó de existir en esta

capital, en la casa donde viviera y ejerciera su noble profesión por tanto tiempo, en la calle de Justo Sierra 34 (antes de Montealegre), el 17 de julio de 1943, dejando consternados a sus familiares, a sus clientes, a sus amigos y a sus colegas, entre quienes nos contamos quienes formamos esta Academia, a la que dedicó muchos de sus afanes.

El Dr. Bulman no hizo fortuna material ni dejó riqueza del mismo tipo; pero sí supo formar una familia modelo a cuyo frente hoy está la nobilísima compañera de su vida, doña Luisa Suberville, con quien constituyó un hogar en el que hubo cuatro hijos: una, que no quiso dejarlo irse solo en el viaje del que no se vuelve; otra que tiene formado ya su propio hogar; y dos hijos, profesionistas honrados como su progenitor, que siguen sus huellas, uno en su propia carrera de la Medicina y el otro en la de la Arquitectura. Ellos nos acompañan en esta noche y han tenido la bondad, que la Academia agradece rendidamente, de obsequiarle el retrato, que ya va a descubrirse.

En esta ceremonia, que no es luctuosa sino de glorificación, la Academia recibe este retrato, por lo menos con el mismo cariño con que ha recibido los de otros eminentes colegas que también la sirvieron acendradamente. De hoy en adelante, la amable efigie del Dr. Francisco Bulman, presidente en 1925-1926, figurará en esta galería en que resplandecen, entre otras, las figuras próceres de Miguel F. Jiménez, Luis Hidalgo Carpio, Agustín Andrade, Rafael Lucio, Francisco Ortega y Eduardo Licéaga. Todas ellas, y con ellas la del Dr. Bulman, seguirán sirviéndonos de inspiración y de ejemplo. En la vida y en la obra de quienes reproducen, la Academia encontrará siempre vigoroso estímulo para seguir trabajando por el progreso de la Medicina en nuestro país y para seguir contribuyendo, en lo que corresponde, a conservar la salud y aumentar el bienestar de nuestro México.

